

Elizabeth Jelin o “La imaginación sociológica” en el Sur

por **Catalina Smulovitz** | Universidad Torcuato Di Tella / CONICET | smulovitz@utdt.edu

Al inicio de *La imaginación sociológica* C. Wright Mills propuso un programa de estudio para la sociología y las ciencias sociales. Decía entonces que “Ningún estudio social que no vuelva a los problemas de la biografía, de la historia y de sus intersecciones dentro de la sociedad, ha terminado su jornada intelectual” (Mills 1986). Cuando uno lee la obra de Elizabeth Jelin, inmediatamente observa que este programa de acción recorre todos sus trabajos. Empezó al final de los años 60 con sus estudios sobre trabajadoras migrantes y atraviesa los distintos temas y problemas que fue abordando desde entonces. La interacción entre biografía e historia recorre sus exploraciones sobre el mundo laboral, sobre la familia, sobre los vínculos de las mujeres y la familia, así como sus estudios sobre los movimientos sociales y sobre la construcción de la memoria. La marca que distingue su trabajo no se limita a los temas específicos que fue tratando a lo largo de su vida intelectual sino también a la mirada con la que eligió analizar cada uno de ellos. Son dos huellas distintas. Sin embargo, las dos son profundas e ineludibles para todos aquellos para los cuales entender la vida social sea, a la vez, una pasión incontrolable y una preocupación constante.

Empezaré por la forma de mirar. Esta forma de mirar, en la que la biografía y la historia interactúan, le permitió ver la vida social desde el centro del huracán y, en muchos casos, también anticipar la emergencia de los conflictos y problemas con los que las sociedades latinoamericanas iban a tener que lidiar en un futuro inminente. Pudo ver la vida social latinoamericana desde otro lugar porque la interacción entre la biografía y el mundo público implica reconocer no solo la historicidad de la vida del investigador y de lo que se analiza sino también porque permite ver y escuchar, en acto, la forma en que la historia atraviesa la cotidianeidad de los actores. Es un mirador privilegiado porque también

permite anticipar la emergencia de conflictos y de temas. En ese lugar donde la biografía e historia convergen problemas y cuestiones que aún se encuentran en estado embrionario suelen traslucirse y pueden ser anticipados.

Este punto de observación tiene una consecuencia adicional: intensifica el involucramiento y compromiso personal del investigador con los temas que trabaja. En una conversación reciente Shevy, como la llamamos cariñosamente los que la conocemos hace mucho, me decía “yo creo que, de alguna manera, en todo lo que hacemos hay algo autobiográfico. Autobiográfico en el sentido de que hay alguna pasión personal. Yo creo que eso está en Mills y yo lo aprendí de él”. Destaco este punto porque su elección de cómo mirar desmiente una creencia, bastante difundida en los últimos tiempos, que sostiene que las demandas profesionales y cuantitativas de las ciencias sociales contemporáneas las condenan a discutir temas social y políticamente irrelevantes. Su trabajo muestra no solo la falsedad de la opción entre rigurosidad y relevancia social sino también que es posible lograr ambas cosas sin perder el involucramiento personal con las cuestiones a tratar. Para aquellos que esperamos que el conocimiento de las ciencias sociales pueda aportar beneficios a la vida cotidiana de las personas, su trabajo muestra que las tres cosas —relevancia, rigurosidad e involucramiento— son posibles.

Además de mostrarnos cómo ver, sus marcas en las ciencias sociales latinoamericanas se pueden apreciar en los nuevos temas que incorporó a nuestros debates. En tiempos en los que la discusión académica y política sobre las cuestiones de género estaba relegada a los márgenes de los debates disciplinarios, Shevy

hizo continuos esfuerzos para sacar el tema del nicho en el que era cómodamente colocado. Pudo hacerlo porque mantuvo una agenda de investigación sobre temas clásicos de la sociología, a la vez que persistentemente mostró la forma en que las relaciones de género los atravesaban. Frente a las presiones que empujaban al tema a los márgenes, optó por traer los márgenes al centro de la discusión social. Así, las mujeres y sus vínculos se incorporaron a las discusiones sobre el mundo del trabajo, sobre las migraciones, sobre las estructuras familiares y sobre la movilización social. La estrategia resultó exitosa, la mezcla de los temas clásicos con las discusiones de género le permitió escapar a la trampa del nicho que hubiera condenado al tema a la irrelevancia.

Más allá de los asuntos específicos que trata a lo largo de su obra, quiero destacar otra cuestión que recorre su obra: el tiempo y la superposición de temporalidades. Según sus propias palabras, se trata de ver cómo la cotidianeidad de cualquier actor social condensa “temporalidades disímiles, aunque entrelazadas” (Jelin 2017). Se trata de tener presente que sus vidas transitan en forma simultánea por los tiempos lentos o frenéticos de los procesos sociales y políticos, por los tiempos de sus trayectorias subjetivas, por los de sus propios ciclos biológicos y también por los ciclos de las ideas y representaciones. Otra vez, como en el caso de la interacción entre biografía e historia, su preocupación se centra en la forma en que universos simultáneos se superponen y se condensan en la vida de los actores sociales y en la forma en que esta interacción impacta sobre sus conductas.

En la conversación que mencioné antes, Shevy también recordó que Bryan Roberts comparando el desarrollo de las ciencias sociales en el norte y en el sur, decía que “mientras en el norte lo estable son las instituciones y cambian las personas, en el sur lo que importa son las redes de la gente y las instituciones van y vienen”. El recuerdo viene a cuenta porque una de las cosas más importantes, aunque poco visibles, que hizo Shevy en las ciencias sociales latinoamericanas fue juntar y poner en contacto a sociólogos, politólogos, antropólogos, psicólogos artistas, gente de distintos lugares y generaciones. En un contexto en el cual

el desarrollo de los temas y la evolución de las disciplinas dependían de la diversidad y extensión de las relaciones interpersonales, su rol como “cuasi casamentera” fue fundamental. Advirtió intereses comunes, a veces complementarios y facilitó vínculos que permitieron difundir conocimientos y construir redes de investigación interdisciplinarias, interinstitucionales, intergeneracionales e internacionales. Y si bien los aportes blandos son difíciles de mensurar, en su casa, que en ocasiones parecía emular a los salones literarios del siglo XIX, nacieron muchas de las ideas y proyectos que marcarían el desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas. Fue en ese lugar que muchos de nosotros aprendimos que la convergencia entre las inquietudes personales y el mundo público era lo único que garantizaba que el conocimiento social podría tener alguna relevancia para el desarrollo de nuestras comunidades.

Referencias

Jelin, Elizabeth. 2017. *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Mills, C. Wright. 1986. *La imaginación sociológica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. //